

NOTAS SOBRE ALFONSO REYES

Es difícil la tarea del bibliógrafo que se inclina con ánimo de estudio sobre la intensa obra literaria que ha desarrollado Alfonso Reyes. Cubre veinte años en el tiempo y se compone de muchos más títulos, donde se hallan todos los géneros literarios y las formas de prosa y de verso. Predomina ciertamente el ensayo, crítico y reducido a libros unas veces, más amplio y general otras, hasta lindar en lo que el inglés llama *criticism of life* y en la filosofía. Comienza como escritor de ideas con su volumen de *Cuestiones estéticas*, y en estos días, desde su retiro de Río de Janeiro, se complace en una prosa pura, macerada pero sensual, donde hay menos ideas pero donde subsisten granos de mostaza y aliños fragantes. Pocos jóvenes americanos han iniciado su carrera literaria bajo tan elegante signo como el que preside las *Cuestiones Estéticas*. Al prologar este libro, en 1911, decía Francisco García Calderón: "Sólo el entusiasmo traduce en este libro su edad. No son dones de toda juventud su madurez erudita y su crítica penetrante". Alfonso Reyes llevó a este libro algunas de las lecturas que hiciera en simposio con los miembros del Ateneo de la Juventud, que señaló en la literatura mexicana el advenimiento a la vida pública de una generación que ha producido obras de la mayor importancia. Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, fueron, junto a Reyes, los promotores de una actividad intelectual que iba a renovar sustancialmente la literatura de México y de algunos otros países de la cuenca del Mar Caribe. Los temas de las *Cuestiones* indican el género de los amores espirituales de esos hombres. Les interesan el teatro griego, la estética de Góngora y de Goethe, la poesía y el sistema literario todo de Mallarmé, el teatro de Bernard Shaw. Ya en ese tiempo un poco remoto vemos a Reyes vinculado vivamente a los problemas de la estética. Los tres diálogos que sobre ella aparecen en las *Cuestiones*, son páginas cardinales, que no tienen muchos paralelos en la literatura ameri-

cana. Hay en ellos atisbos sorprendentes. "La expresión literaria —dice— forma también parte de la vida, y es como una compensación". (P. 233). Júzguese de la continuidad, inaparente, por lo demás, de la obra de nuestro autor, al ver que una sugerencia parecida se halla seis años más tarde en *El Suicida*: "Entonces no queda más refugio que el arte inventivo: el teatro y la novela, en que el autor realiza todas las posibilidades de ser que en la vida no le ha sido dable desarrollar". (P. 65). También vemos ya al autor ocupado en Góngora, sobre el cual avanza interesantes opiniones críticas. Más tarde, trasladado a España, le va a ser posible a Reyes trabajar en forma erudita sobre Góngora, y el testimonio de sus exploraciones se halla en sus *Cuestiones Gongorinas*, publicadas en 1927.

No nos asuste, por lo demás, verle curvado sobre viejos libros, restituyendo textos discutidos y poniendo en limpio papeletas bibliográficas. Reyes se consagró durante varios años, en Madrid, a ese género de trabajo, bajo la dirección del benemérito don Ramón Menéndez Pidal. Sus estudios publicados en la *Revue Hispanique*, en la *Revista de Filología Española* y en el *Boletín de la Real Academia* vieron la luz entre 1915 y 1919. Por el mismo tiempo salieron a luz tales y cuales tomos de Quevedo, Ruiz de Alarcón, Arcipreste de Hita, Lope de Vega y Gracián, prologados y anotados por Reyes. (1).

También de ese ciclo erudito son su versión prosificada y modernizada del Poema del Cid (2), generoso intento para poner el venerable monumento de la poesía castellana en contacto con las gentes presurosas de nuestros días, y una pulcra edición del *Polifemo* de Góngora, que lanzó la revista *Índice*, dirigida por Reyes y por Juan Ramón Jiménez. Estas labores disciplinaron su espíritu y le pusieron en contacto directo con la mejor literatura española de

(1) Publicados por la editorial Calleja de Madrid.

(2) Publicado por Calpe, de Madrid (hoy Espasa-Calpe).

todos los tiempos. En el prólogo de las *Cuestiones Gongorinas* hizo el elogio de su trabajo y del de sus compañeros eruditos, al hablar de "la tarea humilde y paciente del erudito, tan semejante al trabajo de la hormiga y tan necesitada de cristianas virtudes". (P. 6). Concepto que completó y reafirmó en el mismo libro al exclamar: "Agradeceré que se me complete y rectifique: todo lo sabemos entre todos". (P. 137). Huelga tal vez decir que es ésta la actitud propia del buen erudito. La soberbia no tiene cabida en una actividad en que todas las rectificaciones convergen al mismo fin que se propuso el investigador. Los resultados de una pesquisa no pueden ser jamás perfectos, y es de la concurrencia de otros investigadores al mismo fin de donde habrá de obtenerse como término la versión correcta, la totalidad de los aspectos de la verdad, por decirlo así.

Mas la presencia de Reyes en los trabajos de erudición no debe ser considerada como una pausa en su trayectoria de creador. Precisamente, cuando estaba más interesado en sus investigaciones y cuando editaba textos antiguos con notas nuevas, apareció su libro de ensayos *El Suicida*, que vio la luz en Madrid, en 1917; en América, las prensas trabajan también para él; el mismo año salen sus *Cartones de Madrid*, en México, y su *Visión de Anáhuac*, en San José de Costa Rica (3). Son libros de diferente textura literaria. En 1924, al escribir sobre sus propias obras, ponía Reyes *El Suicida* entre sus libros preferidos; el otro es *El Plano Oblicuo*, un sabroso conjunto de cuentos y de diálogos que apareció en 1920. *El Suicida* contiene páginas maestras de gracia inteligente y de finura; como estilo, es acaso la más excelente de las obras de su autor, y en él debe verse también una de las más ricas colecciones de ideas y de sugerencias literarias y morales que se han amparado en su firma. Ensayos como el que da nombre al libro, como el que

(3) De ese libro, uno de los más hermosos de su autor, se hizo una segunda edición en Madrid, que vio la luz en 1923, como primer tomo de la biblioteca de la revista *Indice*.

trata de la sonrisa, como "El Criticón", no se escriben sino cuando el autor, armado de todas armas, puede hacer acudir en su auxilio las luces de la cultura, la gracia helénica de la "sofrosine", el penetrante humorismo de los ingleses, y también —¿por qué no?— un poco de la chispeante naturaleza americana, la cual se traiciona en la voluta de la frase, en el giro sabroso y sensual de la expresión. Es un libro todo sonriente, seductor por eso mismo, que nos muestra una vida que no es la de todos los días, precisamente la vida del arte. Lo cruzan llamadas de la antigüedad, leves rumores de florestas de la Hélade, y lo transen, de cuando en cuando, las más ricas inquietudes metafísicas. Dados a la estampa en el mismo año *Cartones de Madrid* y *Visión de Anáhuac* son muy diferentes. En efecto, se trata de dos libros de sensaciones puras, cuyo contenido emocional es de suma intrascendencia. Los *Cartones de Madrid* son estampas literarias de tipos y paisajes madrileños, tratadas con una gracia sutil en la cual el bello estilo, la lengua sabrosa y fresca hacen la fuerza. El autor pasea por las calles de Madrid, se asoma a sus paseos y templos, y en los cuadros de Goya o en los esbozos literarios de Quevedo encuentra modelos a los cuales habrá de sujetar el paso. No ciertamente para construir un libro de mera divagación sobre temas librescos, sino para elaborar por su cuenta la esencia de un Madrid moderno. En *Visión de Anáhuac* nos hallamos, como gusta decir el propio autor, en la región más transparente del aire. Este breve libro produce alternativamente la impresión de ser un vasto fresco de la primitiva vida mexicana, en los días primeros de la conquista española, y también la de ser un relicario de miniaturas. Escrito con levedad plausible, goza de todas las ventajas inherentes a un bello estilo. Claro, rítmico, armonioso, pocos libros del autor revelan mas claramente que éste la aptitud que descansa en Reyes para manejar la lengua. No es uno de esos escritores gallardos y tempestuosos, que hacen sonar con la trompetería de sus voces el aire quieto de los escritorios; al revés, es un poeta de tono menor, tan fino en su evocación vertida en prosa como lo fuera Amado Nervo, su compatriota, en sus páginas de verso.

Son libros ambos escritos de espaldas a la erudición, aunque por un escritor muy erudito y consciente de sus recursos, y cuya mano ágil sabe llevar al papel impresiones dignas de la literatura, en una forma sutil y elegante.

De parecida levedad, como una red de sueños, está cubierta la prosa de *Retratos reales e imaginarios*, que apareció en México en 1920. Se trata de un conjunto de ensayos de amena erudición sobre figuras antiguas de Europa y América, a saber: Nebrija, Vespucio, Fray Servando Teresa de Mier, Felipe IV, Napoleón, Garcilaso, etc. Procesión de viejas y venerables sombras que han venido en momentos diferentes a cobijarse junto al prosista para exigir de él la oblación de unas cuantas páginas. Procesión que llega hasta el lector de hoy, envuelta en el incienso emotivo de los recuerdos. En el mismo año se publicó en Madrid una de las mejores obras del autor, *El Plano Oblicuo*, que por sí sola exigiría un tratado detenido. Es un conjunto de cuentos y de diálogos, según la clasificación más fácil; pero hay algo debajo de este libro, algo difícil de definir, que logra interesar aguda y duraderamente al lector. De mí sé decir que su lectura me dejó una emoción imborrable. Hay en él un cuento, "La Cena", que me parece una de las obras maestras de la literatura americana de todos los tiempos. Es una narración onírica, acaso la que mejor justifica el título de "plano oblicuo" aplicado a toda la colección. Por el ámbito de esa pesadilla se deslizan sombras, se escuchan sonos de reloj, se cuelan dardos de luz, se atraviesan zonas de sombra y se escuchan fragmentos de conversaciones que nada dicen pero que sugieren mucho. La virtud sugeridora de la prosa de Reyes, que es una de sus mejores virtudes, está aquí reflejada de mano maestra y llega a subyugar todas las demás emociones que la lectura suscita.

Después de estos libros ingravidos que parecen flotar en el aire, como globos de colores, como pompas de jabón fabricadas por un niño ambicioso, llegamos a los libros "librescos", entre los cuales se enfilan notablemente *El Cazador* y *Simpatías y diferencias*. Tan-

to el primero como las dos primeras series de estas últimas aparecieron en Madrid en 1921, y señalan la vuelta de Reyes al terreno de la crítica literaria en que lo viéramos moverse con seguro dominio al publicar, diez años antes, las *Cuestiones Estéticas. Simpatías y Diferencias* es un arsenal de ricas sugerencias artísticas, en el cual, so capa de hablar de libros recientes, el autor va mostrando las gavetas de su bien provisto archivo, todos los secretos que ha ido atesorando a lo largo de varios años de profesión literaria, el fervor del escritor, el amor del erudito por los datos exactos, la delectación del estético ante los fenómenos artísticos. Una tercera serie de *Simpatías y diferencias* salió en 1922; la cuarta pasó a tener un título particular, *Los dos caminos* (1923), y la quinta se llamó también *Reloj de sol* (1926). Es acaso en estos cinco volúmenes donde está contenida la obra con que Reyes va a pasar a la posteridad como un gran crítico literario. Seguramente, porque es muy joven todavía, podrá agregar muchos nuevos títulos a la lista de sus obras, y también es seguro que entre ellos, más de uno será de crítica literaria; su doctrina crítica está, sin embargo, traducida en *Simpatías y Diferencias*, tanto en lo teórico como en lo práctico. Cuando hace destacar la analogía que existe entre el procedimiento civil de enjuiciamiento y el juicio literario, por ejemplo, concluye diciendo: "La entrevista —la interview— debiera preceder al juicio" (T. II, P. 20.) Frase muy propia en quien ha practicado toda su vida la cordialidad y que se entrega con fruición sensual a los dones de la convivencia; en quien tiene amigos en todas las latitudes y ama convocarlos, en asamblea de sombras, junto a su escritorio, cuando reparte un nuevo libro o les dedica frases alusivas y discretas en las márgenes de sus revistas. Hay estudios de estas *Simpatías y Diferencias* a los cuales no se les ha dado todavía, a mi modo de ver, el valor que tienen. El ensayo sobre Valle Inclán es sobresaliente, y el estudio sobre Gómez de la Serna sigue siendo, a pesar de lo mucho que existe sobre este autor, lo mejor que en torno a él se ha escrito. (T. III). Lo mismo cabe decir respecto del ensayo sobre el cine, que se adelanta a sus días. De él (T. III) desprendemos unas

frases luminosas que habrán de servirnos para meditar largamente: "El arte es lo que la naturaleza nunca será, y la naturaleza es lo que el arte nunca será. (Esto, prescindiendo de que el arte sea una parte, en sí, de la naturaleza, que no tiene por qué imitar necesariamente a la otra parte, aunque se le parezca en el aire de familia)". (P. 196). El mismo autor ha llamado librescas a estas series, porque la mayoría de sus páginas han nacido de la lectura de libros, o por lo menos en la publicación de nuevos libros han encontrado un pretexto eficaz para ver la luz. Pero no dejemos flotar en el aire la sospecha de que se trata efectivamente de obras librescas, en todo lo que este adjetivo tiene de ambiguo y desagradable. Es un libro vivo, un libro fluente, que ha surgido como el fruto de largas vigiliadas, de constante frecuentación del arte, y en sus risueños meandros, en sus rincones sombríos, que también los tiene, viene a sorprenderse a menudo el sosegado latir de un corazón. Es un libro de aquellos que acaso leamos a la ligera, para mejor informarnos, para obtener lecciones objetivas claras y accesibles, pero como disponen de una vida profunda, que a la ligera no habremos visto, terminarán por acompañarnos largamente y por hacérsenos presentes, cuando los creamos olvidados, al cabo de los años. ¿No ha sido éste siempre el atributo de los mejores libros?

Si volvemos a tomar el orden cronológico que hemos adoptado para eslabonar estas dispersas notas, encontraremos las poesías que con el nombre general de *Huellas* publicó Reyes en México y en 1922. Pero debemos hacer una aclaración. No vamos a tocar la poesía del autor, no porque la despreciemos, ciertamente, sino porque queremos dejar su estudio a quienes se sientan mejor preparados que nosotros para tal género de crítica. Dos años más tarde, en Madrid, vio la luz *Ifigenia cruel*, obra dramática que también está vertida en verso. No será inoportuno anotar que Reyes ha publicado otros dos libros poéticos: *Pausa*, París, 1926, y *Romances del Río de Enero*, que ha sido impreso en Maestricht (Holanda), en 1933.

"Calendario", breve volumen nacido en Madrid en 1924, es, como lo indica su nombre, una serie de hojitas trazadas al hilo de la vida cotidiana; son apuntes sobre libros, son parábolas, pequeños poemas en prosa, generalmente humorísticos, atisbos críticos, recuerdos, etc. Tres años más tarde, en 1927, apareció el volumen de *Cuestiones Gongorinas* a que nos hemos referido más atrás. Y ya en Río de Janeiro, adonde lo ha llevado la diplomacia, el autor publicó en 1930 su *Testimonio de Juan Peña*, que había sido escrito en 1923 y en Madrid. Este breve tratado encierra mucho interés autobiográfico. Hay en él, en efecto, alusiones a la juventud del autor: "Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores". Este libro encierra pinceladas de ambiente sobre la época porfiriana inmediatamente anterior a la revolución, y al finalizar parece abrir la huella para seguir explorando la terrible convulsión que trastornó la vida de México. "¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana —se pregunta el autor— no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Xicoténcatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pesuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!" Tanto esta nota precisa como el relato mismo, en el cual aparecen rostros cobrizos de indios mal vestidos y hambrientos, preparan la revolución. No necesita el autor más que percutir levemente en el espíritu, con unas pocas páginas, para que la tragedia mexicana no sólo surja de pronto, con todo su relieve, sino también para que nos demos cuenta de cuál ha sido su fundamento y cuál su trayectoria.

La obra de Reyes está en marcha. No hemos querido introducir en estas páginas alusión alguna a sus trabajos más recientes, entre los cuales hay por cierto páginas maestras, como las de su *Discurso por Virgilio*. Cada ensayo de los que ahora fluyen de su pluma, lo estampa Reyes separadamente, en libros y folletos de tirada corta, que corren por el mundo como uno de los tantos men-

sajes que el autor manda a sus amigos lejanos. A la misma inclinación cordial de su ánimo responde la publicación de su correo literario *Monterrey*, que Reyes lanza desde Río de Janeiro. Este periódico de pocas páginas no tiene contraída otra obligación para con el autor y sus lectores, que ser la tarjeta de visita que Reyes envía cada cierto tiempo a sus compañeros de letras de otros países. En *Monterrey* cabe todo, desde la carta personal de cuatro líneas, hasta el ensayo completo y decisivo o el poema perfecto y bien granado, pasando por las notas bibliográficas, la cita de alguna frase bella encontrada en un libro, la referencia al trabajo de un compañero, y, sobre todo, la lista puntual y precisa de los libros que acuden, desde veinte países, a la mesa del escritor. Si combinamos esta actividad de correo con otras muestras dispersas en la obra anterior de Reyes, vendremos a comprender claramente qué importancia concede él en la vida a la amistad. La clave de su conducta la encontraremos en una frase de *Reloj de sol*: "... siempre estoy queriendo comunicar y cambiar ideas con los demás, y como no tengo ocasión de hablarlo todo, escribo lo que se me va acumulando". (P. 150). Es él un hombre que ha nacido para el corro de la amistad, que no estará tranquilo mientras haya un hombre culto con el cual no tenga una relación directa y personal. Mientras lo puede, dialogará con él a la sombra de los plátanos, como los fieles de la Academia platónica, y cuando la distancia lo aleje, seguirá cambiando ideas con el feliz concurso de la posta y del telégrafo. Y no es vano recordar en este caso aquella sombra venerable, porque lo primero que se pregunta el que se inclina sobre la obra de Reyes, es: ¿qué ha hecho de este mexicano un ateniense? Tal vez la suprema inteligencia, una inteligencia que disocia y reconstruye, como hace el prisma con la luz, una inteligencia que analiza y que sintetiza a intervalos armónicos. Leamos alguno de sus ensayos mejores, y veremos al autor disgregar en las manos, como papilla vulnerable, todo género de conceptos; pero pasemos en seguida la vista por otro de sus libros, y nos hará sonreír con deleite verle entregado al juego placentero. Ha reconstruído lo que

analizara, y ahora goza con su hallazgo, del mismo modo que un niño con una copa de cristal. Prendida a la obra de Reyes está, como la gota de lluvia en el pétalo de la flor, la sonrisa de la inteligencia.

Raúl SILVA CASTRO.

El Ateneo, Santiago de Chile, reproducido

en *El Libro y el Pueblo*, México, Octubre de 1933.